

¿ESTÁ SU
IGLESIA
CONVIRTIÉNDOSE EN UNA
SECTA?

JAIME MIRÓN



*¿Está su iglesia convirtiéndose
en una secta?*

Jaime Mirón



*Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois, EE. UU.*

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc. *TYNDALE* and Tyndale's quill logo are registered trademarks of Tyndale House Publishers, Inc.

¿Está su iglesia convirtiéndose en una secta?

© 2012 por Jaime Mirón. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © Brent Melton/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor tomada por Benjamin Edwards, © 2010. Todos los derechos reservados.

Diseño: Al Navata

Edición: Sarah Rubio

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos indicados con RV60 han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1960. © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. *Reina-Valera 1960™* es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Mirón, Jaime.

¿Está su iglesia convirtiéndose en una secta? / Jaime Mirón.

p. cm.

Includes bibliographical references (p.) and index.

ISBN 978-1-4143-6740-8 (sc)

1. Church. 2. Cults. I. Title.

BV600.3.M57 2012

273'.9—dc23

2012004758

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

18 17 16 15 14 13 12

7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Introducción *vii*

CAPÍTULO 1: La historia de Laura *1*

CAPÍTULO 2: ¿Cómo es la verdadera iglesia? *15*

CAPÍTULO 3: ¿Qué es una secta? *25*

CAPÍTULO 4: ¿Por qué son tan atractivas las sectas? *33*

CAPÍTULO 5: ¿Por qué es tan difícil dejar una secta? *41*

CAPÍTULO 6: ¿Es una secta . . . ? *47*

CAPÍTULO 7: ¿Debo o no cambiar de iglesia? *71*

CAPÍTULO 8: ¿Cómo testifico a una persona atrapada en
una secta? *81*

CAPÍTULO 9: Conclusión: Aliento de 1 Juan *95*

APÉNDICE: El gnosticismo: La secta encontrada en 1 Juan *97*

Notas *103*

Preguntas para reflexión *107*

Índice de citas bíblicas *III*

Acerca del autor *115*

Introducción

“¿QUIÉN LE CONTÓ sobre mi esposo?”

Miré confundido a la interrogadora, esposa del pastor de una pujante iglesia que contaba con unos seiscientos miembros. Asistíamos a una conferencia pastoral, y esa tarde me tocó hablar sobre la importancia de volver a la Biblia como autoridad principal en nuestras iglesias. Para ilustrar cómo la palabra del hombre ha sustituido a la Palabra de Dios, mencioné el caso de una persona —sin mencionar si era hombre o mujer— que gozaba de un ministerio importante pero llevaba una doble vida: predicador y adúltero. Nadie se atrevía a reprenderlo porque, según decían, “tiene un gran ministerio” y porque temían las consecuencias de “tocar al ungido de Dios.” Más tarde, durante la reunión, la mujer había pedido hablar conmigo y con mi esposa.

Le pedí que me aclarara la pregunta. Fue entonces que me explicó que había estado presente en mi charla y creía que yo había relatado la historia de su esposo. (En realidad, yo no había hecho referencia a este hombre sino a una predicadora que ocultaba su lesbianismo.) Resultó ser que su esposo, un joven con gran carisma, había aceptado el pastorado de una iglesia en decadencia, la cual logró reavivar. Uno de los programas más dinámicos era el ministerio juvenil. El pastor pasaba cada vez más tiempo con los jóvenes —y con una muchacha en particular— y menos

tiempo con su esposa y sus cuatro hijos. Para la fecha de la conferencia mencionada, este pastor ya convivía con la joven entre semana y con su esposa e hijos durante los fines de semana.

¿Cómo podía seguir pastoreando la iglesia mientras abiertamente vivía en adulterio? Su esposa nos contó la historia escalofriante de cómo el hombre, a fin de justificar su adulterio, estaba transformando a la congregación de una iglesia evangélica en una secta. Siguió un largo proceso de adoctrinar a la iglesia según “nuevas enseñanzas”; entre otras ideas peligrosas, el pastor alegaba que la Biblia emplea la palabra *adulterio* solamente en forma simbólica para prohibir la idolatría.

Sin embargo, más sorprendente todavía fue cuando mi esposa le preguntó a esta mujer sufrida por qué ella misma no había intentado hacer algo. Con temor en los ojos exclamó: “La Biblia declara que no hay que tocar el unguido de Dios.”

Lamentablemente no es una historia aislada; con cada vez mayor frecuencia escuchamos relatos de situaciones similares. Todos los días surgen nuevos grupos, nuevas doctrinas y nuevos profetas autoproclamados. Gran parte del Nuevo Testamento hace referencia a este tema y actualmente las enseñanzas falsas quizá sean la amenaza más grande para la sanidad espiritual de nuestras iglesias en América Latina.

Sin embargo, antes de poder enfrentarnos a dicha amenaza, tenemos que entenderla; y así llegamos al corazón de este libro. La pregunta “¿Qué es una secta?” se responde de muchas maneras distintas y a menudo confusas. Al referirse a las sectas, la prensa (y hasta algunos gobiernos) en Latinoamérica tiene en mente a todos los grupos que no pertenecen a la religión tradicional, y ¡hasta nos incluyen a los cristianos evangélicos! Convengamos que no es fácil definir la palabra *secta*. Una prominente revista secular, luego del suicidio de treinta y nueve miembros de una secta, explicó: “La línea divisoria entre religión y secta, entre fe y fanatismo, a menudo es difícil de trazar.”¹

En este libro definimos *secta* como un grupo que ha dejado la verdad enseñada en la Biblia para ir tras una doctrina extraña o un líder con

mucho carisma. Esta desviación de la verdad empieza con creencias erróneas acerca de la persona y la obra de Dios Hijo, Jesucristo, y por ende, del plan de la salvación. A estas alturas, cualquier creyente en Cristo podrá ver con suma claridad por qué las sectas son peligrosas. Como dijo el apóstol Pablo, si el evangelio, tal como se la predica en la Biblia, no es la verdad, “somos los más dignos de lástima de todo el mundo” (1 Corintios 15:19).

Además de poner en peligro el destino eterno de sus feligreses, las sectas también los hacen pasar por mucha angustia en esta vida. Para evitar que se descubran sus doctrinas erróneas (y, muchas veces, sus pecados ocultos), los líderes de las sectas ejercitan un control agobiante sobre los miembros, separándolos de sus familiares y amistades, imponiéndoles requisitos legalistas y juzgándoles cada palabra y acción.

Uno quizá se preguntará cómo cualquier persona, mucho menos uno de los santos de Cristo, podría dejarse engañar de esta manera. Al leer este libro se dará cuenta de lo atractivo de las sectas para todas las personas y para los evangélicos en particular. Explicaré cómo nuestra cultura cristiana latinoamericana, con toda su vitalidad y deseo sincero de buscar al Señor, también se puede volver vulnerable a los engaños de las sectas. Incluso el legado del movimiento pentecostal, que ha reavivado a muchas iglesias decadentes y ha provocado la admiración de la iglesia global, puede ser aprovechado por los que quieren abusar del evangelio.

Tomando en cuenta lo antedicho, a continuación detallaré mi propósito al escribir este libro:

- Provocar cambios en las iglesias que exhiben características de secta a fin de que regresen a la verdad bíblica
- Informar y advertir a las iglesias cristianas evangélicas para que sus congregaciones nunca se conviertan en secta
- Ayudar a quienes están atrapados en una secta a darse cuenta de su situación, salir del grupo falso y buscar

¿ESTÁ SU IGLESIA CONVIRTIÉNDOSE EN UNA SECTA?

una iglesia que cumpla fielmente con las tres pruebas explicadas en el capítulo 2

- Ofrecer ideas sobre cómo testificar a un sectario

Desde que se publicó este libro por primera vez en 1997, Dios en su gracia lo ha usado para rescatar y edificar a muchos. Oro para que el Dios de la verdad utilice a esta nueva edición de igual manera para beneficio de su novia, la iglesia, confiando en las palabras de su único Hijo, Jesucristo: “Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres” (Juan 8:32).

—*Jaime Mirón*

CAPÍTULO I

LA HISTORIA DE LAURA

En este capítulo presentamos la triste pero verídica historia de una muchacha de dieciséis años —le daré el seudónimo “Laura”— que se unió a una secta. Ella es conocida de un buen amigo mío, quien se mantuvo al tanto de su travesía. He aquí la historia de Laura, en sus propias palabras.



LA SIGUIENTE ES una crónica de mi experiencia con una iglesia que denominaré La Capilla, de la que fui miembro durante un año. Creo que se ha incrementado el número de personas con experiencias similares a la mía; por eso comparto este testimonio.

Crecí en un hogar cristiano. Mi padre era anciano en nuestra iglesia y mamá tenía parte activa en la congregación. Yo regularmente asistía a la iglesia con ellos. Leía la Biblia; oraba; creía en Dios, y en Jesús como Hijo de Dios y Señor de mi vida; y pienso que mi vida reflejaba ese hecho.

Mis experiencias en La Capilla comenzaron cuando yo tenía apenas dieciséis años. Mi grupo de Muchachas Exploradoras contaba con una nueva líder un poco mayor que yo. Durante una reunión nos invitó a su iglesia. La mayoría ya asistía a su propia iglesia, por lo que nadie prestó atención a su invitación, pero ella siempre comentaba cuán hermosa era esa iglesia donde se reunía y con insistencia nos animaba a ir. Algunas

veces nos acosaba individualmente. En parte para apaciguarla, pero más que nada para que dejara de insistir con la invitación, acepté ir. Fue una gran experiencia y me sentí muy “enganchada” con los cultos. Las personas siempre sonreían y parecían felices. La reunión era de un estilo espontáneo y realmente me atraía. La congregación, que en un 90 por ciento constaba de jóvenes universitarios, cantaba con un entusiasmo como nunca había visto antes, y todos tomaban notas durante el sermón. Después del servicio todos se abrazaban y conversaban; no disparaban a sus casas como había visto en otras iglesias. Daba la impresión de que todos en un momento u otro se presentaban, conversaban e invitaban a seguir asistiendo. Me preguntaron si había oído sobre algo llamado “charla espiritual” que estaba a cargo del copastor de la iglesia. Todos deseaban saber si yo había convenido en asistir a esa charla el martes siguiente.

Ese día en la iglesia estaban varias estudiantes de la secundaria con quienes había tenido apenas un trato superficial y de las que solo sabía sus nombres. Al día siguiente en la escuela, cada una de ellas se me acercó en algún momento del día y me preguntó si yo pensaba ir a la “charla espiritual” el martes y a una fiesta el miércoles por la noche. Yo estaba muy impresionada porque esta gente, a quien casi no conocía, me pedía que asistiera a las actividades de la iglesia. Lo pedían de tal manera que prácticamente me sentía obligada a decir que sí.

Pronto empecé a asistir con regularidad. Aún era muy feliz con mis propias creencias; simplemente quería asistir a esa iglesia, pero sin involucrarme demasiado. Sin embargo, mi líder del grupo de Muchachas Exploradoras constantemente me pedía que me uniera como miembro. Había asistido solo dos domingos cuando durante la invitación al concluir el culto, me presionó a que pasara adelante. Cuando le dije que no sentía la necesidad de hacerlo se mostró herida, y esa tarde conversamos nuevamente. Siguió insistiendo en que yo debía hablar con el pastor de la iglesia. Por mi parte, no veía la necesidad de hacerlo ya que me sentía cómoda con mi fe. Pero ella continuaba insistiendo, y al concluir el

servicio el pastor mismo vino a pedirme que fuera a conversar con él. Yo solo sonreí, preguntándome por qué me presionaban tanto.

Ante otra invitación del pastor, un domingo dije:

—Bueno, sí.

—¡Qué bien! —respondió él—. ¿Qué te parece el miércoles a las cuatro?

Tenía una cita con el pastor.

Comenzó con una charla amena haciéndome preguntas sobre mi vida, mis pasatiempos, la escuela y luego sobre mi relación personal con Dios. Eran preguntas muy directas: cuánto oraba, cuánto leía la Biblia, si creía que lo que decía la Biblia era verdad. Cuando me preguntó si me había bautizado, respondí que a los nueve años. Entonces me explicó que según Gálatas 3:26, Hechos 2:38 y 1 Pedro 3:21 uno no puede ser cristiano hasta que se bautice correctamente. Dedujo que mi bautismo no era correcto y que por lo tanto yo no era cristiana. Agregó que el solo hecho de crearme cristiana no significaba que lo fuera. Cuando le hablé de los años en que yo había hecho todo lo posible para seguir el ejemplo de Cristo, “tapó” todo eso con el versículo de Efesios 2:8-9, donde dice que el hombre no es salvado por sus obras sino por fe. Cuando le respondí que tenía fe en Cristo, me dijo que si así fuera hubiera sido bautizada en Cristo como él deseaba. Me señaló Marcos 16:16: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (RV60). Para cada pregunta mía él tenía una respuesta con muchos versículos de la Escritura que parecían apoyarla. Su forma de actuar y de hablarme era tal que casi empecé a creer en lo que decía. Al finalizar nuestra conversación me preguntó si deseaba ser bautizada para así llegar a ser cristiana. Yo precisaba tiempo para pensarlo, de modo que concertó una cita para el lunes siguiente y me dio una lista de pasajes bíblicos para estudiar. Me animó a que antes del lunes siguiente fuera a una reunión de estudio bíblico y oración con mi líder de las Muchachas Exploradoras.

Me retiré de su oficina confundida. No creí todo lo que había dicho pero sí comencé a dudar de mi salvación. Necesitaba tiempo para estar

sola y pensar. En el colegio, mis nuevas amigas de la iglesia se acercaron; eran muy amables, caminaban conmigo hasta la clase, comían conmigo y volvíamos juntas a mi casa todos los días. A menudo me encontraba con mi líder de Muchachas Exploradoras para conversar, estudiar la Biblia y orar. Casi todas las noches asistía a un culto en la iglesia.

En la siguiente cita pastoral, y sin mis “amigas guías,” me sentí muy confundida. Ricardo, el pastor, afirmó que mi bautismo era el primer y más importante paso para ser cristiana. Yo no estaba del todo de acuerdo, pero reconocí que para ser miembro de ese grupo debía bautizarme en esa iglesia. Ellos aseguraban no tener membresía y que cualquier cristiano era bienvenido en su confraternidad; sin embargo, eran ellos los que decidían quién era cristiano y quién no. Yo realmente deseaba ser parte de ese grupo; me hacían sentir amada y todos siempre parecían felices y llenos de amor. Nunca había tenido tantos amigos que me aceptaran incondicionalmente. Descubrí que cuanto más hablaba el pastor, más le creía, y dos días más tarde me bauticé. Todos hicieron una fila para abrazarme, besarme y decirme cuán contentos estaban de que finalmente me hubiera convertido en su hermana y qué bueno había sido que Cristo me hubiera mostrado “el camino.” Su entusiasmo era contagioso. Una de mis nuevas amigas en el colegio me preguntó si deseaba ser su “compañera de oración.” Dijo que todos en la iglesia tenían dos o tres compañeros de oración con quienes se reunían una o dos veces por semana para conversar, estudiar y orar juntos. Ella llegó a ser mi tutora y empezó a enseñarme más acerca de cómo llegar a ser y seguir siendo cristiana. Conversábamos sobre cómo íbamos creciendo y a quién le testificábamos.

Aprendí que no debía asociarme con “gente que no fuera de nuestra iglesia,” a no ser con la intención de invitarlos a asistir a nuestras reuniones. Como mi novio no quiso dejar la iglesia bautista, el pastor me leyó y explicó 2 Corintios 6:14: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (rv60). Luego, Biblia en mano, me

señaló los puntos doctrinales incorrectos de la iglesia bautista. Como mi novio rehusaba unirse a nuestra iglesia, el pastor me aseguró que no era creyente, y que yo debía decidir entre mi novio y la obediencia a Dios.

También tenía dos amigas íntimas, y se me permitía estar con ellas siempre y cuando existiera la posibilidad de que se unieran a la iglesia. De manera que aunque estaba perdiendo a todos mis amigos anteriores, estaba tan entusiasmada con esta nueva y gran iglesia que por el momento no los extrañaba pues estaba haciendo muchas amistades nuevas.

La Capilla consumía virtualmente todo mi tiempo. Los domingos había reuniones a la mañana y a la tarde; los lunes, estudio bíblico; los martes, charla espiritual; los miércoles, culto en la iglesia; los viernes, devocional; los jueves y los sábados eran noches para tener comunión con otras personas de la iglesia. Además pasaba mucho tiempo con mi compañera de oración, y con frecuencia salíamos de compras con un grupo de hermanas de la iglesia.

Debido a que estaba tanto tiempo en la iglesia, no solo me desentendí de mis amigos anteriores sino que no tenía tiempo para otras actividades. Me habían explicado que el estudio bíblico y la comunión con mis hermanos eran más importantes que cualquier otra actividad. No era fácil faltar a un culto de la iglesia; si lo hacía, de alguna manera todos lo sabrían (como explicaré más adelante), lo mencionarían y averiguarían el motivo por el cual yo había faltado. Había personas que se ofrecían a llevarme a la iglesia para asegurarse de que fuera. Cualquier actividad que compitiera con la iglesia no estaba permitida. Yo tocaba en una banda que me encantaba, pero me dijeron que la deje. Los ensayos eran los miércoles y los viernes. El director de la banda me autorizó a salir más temprano los viernes a fin de no perder los devocionales, pero eso significaba que todavía iba a perder los cultos de los miércoles. El pastor debió darme un permiso especial para poder ensayar con la banda los miércoles por la noche. De esta manera, La Capilla comenzó a absorber mi vida.

Pocas semanas después de haberme convertido en miembro de este

grupo, repentinamente caí muy enferma y debí ser hospitalizada por varias semanas, a lo que siguieron largos meses de recuperación en casa. Las personas de la iglesia eran muy persistentes en sus visitas. Tal es así que mis padres se quejaron y los médicos declararon que era malo para mi salud. Nunca me dejaban sola. Durante dichas visitas querían averiguar qué hacía yo: si continuaba leyendo la Biblia, si invitaba a la gente del hospital a que fuera a la iglesia. Incluso me traían notas de los mensajes del pastor —ya que todos debían tomar apuntes—, listas de versículos bíblicos que debía memorizar y libros y tratados que me sugerían que leyera. Durante la visita siguiente me preguntaban qué ayuda espiritual había recibido de esos libros. Si no leía cierto libro o no copiaba las notas ni memorizaba los versículos bíblicos, a pesar de mi enfermedad me reprochaban que no estuviera usando mi tiempo en forma sabia.

Mi enfermedad se prolongaba, y al final hasta las personas más persistentes comenzaron a mostrar menos interés en mí. Como las visitas se esparcieron, encontré tiempo para reflexionar y comencé a mirar la iglesia desde una perspectiva más objetiva. Un día vino a visitarme un joven y me preguntó si les había testificado a mis padres. Le contesté que los había estado invitando a la iglesia, pero él quiso saber si yo les explicaba cómo salvar sus almas. Mi padre era anciano en su iglesia y mi madre secretaria de la Comunidad de Universitarios, un grupo cristiano evangélico que ministra a los estudiantes universitarios de nuestra ciudad. Yo estaba segura de que ambos eran verdaderos cristianos y le expliqué esto al joven. Para mi sorpresa, comenzó a refutar punto por punto la doctrina de la iglesia a la que asistían mis padres. Él parecía conocer la doctrina mejor que yo; todo lo “respaldaba” con las Escrituras. Continuó diciendo que La Capilla no tenía tales defectos. Luego comenzó con las mismas críticas a la Comunidad de Universitarios. Su conclusión era que cualquiera que asistiera a esa iglesia o grupo paraeclesíastico no podía ser un cristiano verdadero. Sin siquiera conocer a mis padres, los consideró paganos. Conseguí que se marchara recién al asegurarle que les testificaría a mis paganos padres. El hecho de que mi madre fuera secretaria de

la Comunidad de Universitarios era de mucho interés para La Capilla ya que uno de sus mayores desafíos era convertir a un miembro de la Comunidad de Universitarios, la que consideraba una organización rival. Siendo la hija de la secretaria, se esperaba que yo la “convirtiera.”

Solo le había confiado a este joven la cuestión de mi madre, pero en pocos días los demás miembros de la iglesia lo comentaban conmigo. Lo que me desconcertó fue que tantos lo supieran en tan poco tiempo; por lo tanto quise averiguarlo. Había ocurrido por medio del sistema de compañeros de oración. Cada miembro tenía al menos un compañero de oración (pero por lo general tenía dos) a quien le contaba absolutamente todo sobre sí mismo y sobre el resto de los miembros. Ese compañero de oración luego lo revelaría a otro compañero de oración, quien a su vez lo comunicaba a sus propios compañeros de oración. Cualquier detalle que uno le confiara a un compañero de oración un día lunes, al día viernes lo sabría toda la iglesia. De esa manera los líderes podían controlar a todos.

Fue entonces que comprendí por qué, cuando recién me iniciaba en el grupo, seis u ocho personas a quienes casi no conocía me habían pedido que me uniera a la charla espiritual. Esto no solamente me había impresionado sino que además había sido un motivo de halago, aunque también debo reconocer que me había sentido presionada a aceptar sus invitaciones. El sistema también cumple su función entre aquellos que empiezan a “flaquear.” En pocos días toda la iglesia lo sabe y comienza a aplicar presión para que el alejamiento no se concrete.

Que esperaran que yo tratara de decirles a mis padres que no eran creyentes fue lo que me hizo reconocer que La Capilla creía ser la única iglesia con la doctrina correcta. Todos en La Capilla estaban convencidos de que cualquiera que estuviera involucrado en otro grupo caminaba rumbo al infierno.

El requisito impuesto a los miembros era estudiar la doctrina en detalle a fin de que si nos encontrábamos con miembros de otro grupo, pudiéramos transmitir lo que creíamos y demostrar que la doctrina de La Capilla era la única correcta. Siempre teníamos un argumento preparado

sobre cualquier tema, y usábamos los mismos versículos vez tras vez. Todos aprendíamos los mismos versículos; no había variación. Si alguno de afuera le hacía una pregunta a algún miembro, obtenía la misma respuesta de cualquiera de nosotros.

A esa altura me di cuenta de que quería salir de esa iglesia. Sin embargo, Julia, mi amiga íntima, se estaba por bautizar. Conociendo las reglas sobre las amistades entre los miembros y los que no lo eran, reconocí que o bien debía quedarme y seguir siendo su amiga, o debía dejar la iglesia y perder su amistad. Ninguna de las perspectivas me agradaba, por lo tanto decidí hablar con ella y hacerle ver ciertas cosas que comenzaba a descubrir en la iglesia. Quería que supiera que yo deseaba seguir siendo su amiga pero que estaba planeando retirarme del grupo. Nunca pude llegar a ese punto de la conversación pues ni bien le hice saber mi sentir de que La Capilla no era la única iglesia verdadera, se inquietó tanto que llamó a su compañera de oración, quien a su vez llamó a otros cinco que vinieron al instante. Allí estaba yo, enfrentando a Julia, a sus compañeras de oración y a cinco hombres, todos sentados en círculo alrededor de mí con sus Biblias abiertas. Me aleccionaron sobre cómo y por qué La Capilla era la única iglesia verdadera, y para ello utilizaron todos los versículos que yo había aprendido. Sus argumentos estaban meticulosamente preparados, y mientras uno se dirigía a mí los otros preparaban el siguiente versículo bíblico. No me daban tiempo de mirar los versículos ni de emitir una palabra. Alguien me hablaba constantemente; me sentí abrumada y desesperada, sin preparación para debatir con ellos. Me interrumpían en la mitad de las frases; cuando a veces me daban la oportunidad de terminar una aseveración, continuaban como si yo no hubiera dicho nada; buscaban un versículo y afirmaban: “La Biblia dice que . . .” y luego me preguntaban si tampoco estaba de acuerdo con la Biblia. Además, durante toda la tarde me clavaron la vista de manera amenazante.¹ Me pusieron tan nerviosa que no lo soporté, y a las once de la noche me rendí, arrepentida, y volví a la iglesia.

Para entonces estaba recobrando la salud y se me requería asistencia

regular a los cultos. En los meses siguientes por vez primera hice un estudio de lo que era esa iglesia.

Solo a los miembros bautizados se les permitía asistir a ciertas actividades. Mi hermano iba regularmente pero había sido bautizado en otra iglesia y rehusó ser bautizado otra vez, por lo tanto había ciertas actividades a las que a él no lo invitaban. La primera vez que sucedió le pregunté a mi compañera de oración si habría habido una equivocación. Me contestó que como mi hermano no era miembro, no se lo invitaba a reuniones para “miembros solamente.” Sorprendida, mencioné que la iglesia alegaba no tener membresía y decía estar “abierta a todos los cristianos.” Con sencillez me respondió que mi hermano no era cristiano porque había sido bautizado en una iglesia errada. Después de esto mi hermano dejó de asistir.

Las reuniones para miembros solamente se anunciaban por invitación personal, y los que no pertenecían a la iglesia no podían asistir. En estas se discutían asuntos que los que no eran miembros no comprenderían, tales como las técnicas para la visitación casa por casa. La idea era entrar a una casa con la intención de pedirle al residente que asista a la iglesia. Se empleaban muchos manejos y trampas para manipular a la gente. Una vez que la persona abría la puerta había que presentarse y, por ejemplo, si la televisión está encendida, inmediatamente había que demostrar interés en el programa que el otro está mirando. “Oh, yo justamente estaba mirando este programa,” había que decir aunque no fuera cierto. “¿Le molestaría si me quedo a mirar con usted?”

De esa manera, la persona se sentiría obligada a dejar entrar al visitante desconocido. Una vez adentro, las instrucciones eran ser lo más amable posible, tener conversaciones inteligentes y tratar de averiguar todo sobre la persona antes de intentar convencerla de asistir a la iglesia. Se nos enseñaba a ir de a dos, ya que si surgía algún argumento religioso, uno de los dos podía hablar mientras el otro buscaba los versículos correspondientes. Si a uno no se le ocurría una respuesta adecuada, la daba el otro.

Recibíamos instrucciones sobre cómo presionar para conseguir que la gente asistiera. Nunca había que darles la oportunidad de que se negaran. Debíamos insistir diciendo, por ejemplo: “Pasaré a buscarlos mañana a las 6:45.”

Después de salir de cada hogar, debíamos tomar notas detalladas para que la vez siguiente la persona se impresionara al creer que recordábamos todo sobre ella. Era común dejar un efecto personal “olvidado” a fin de que hubiera una excusa para volver y así tener otra oportunidad de hablar con la persona.

Las reuniones exclusivamente para miembros eran también ocasiones para efectuar promesas sobre cuántas personas teníamos intención de invitar cada semana. Frecuentemente recibíamos instrucciones sobre el tema y nos presionaban para que apareciéramos con muchas visitas. Yo me preguntaba si mi presencia habría sido simplemente un número para mi líder de las Muchachas Exploradoras.

Más aún, se nos ordenaba aparentar que siempre estábamos felices. Era extremadamente importante sonreír siempre, y fui criticada por no hacerlo lo suficiente. Se nos decía cuán importante era aparentar interés durante un sermón para impresionar a los visitantes. Se nos indicaba cómo entablar amistad con extraños; cómo hacer para que las personas se sintieran amadas antes de que las invitáramos a la iglesia, cómo cantar con ganas y emoción, también para impresionar favorablemente a las visitas.

Permanecí en La Capilla durante seis meses más, fingiendo; pero no era feliz y quería retirarme. Hacía falta una valentía fenomenal para hacerlo. Yo tenía miedo de lo que pudiera suceder. No quería otra escena como la anterior. No quería perder a mis amigos porque ya no tenía otros fuera de la iglesia. Parecía no encontrar escapatoria ni a nadie que me ayudara. Necesitaba desesperadamente que alguien hablara conmigo, pero la iglesia había cortado mis vínculos con la gente que no pertenecía a ese grupo exclusivo.

Era difícil para mí confesarles a mis padres que me había equivocado. Sin embargo, cuando lo hice ellos me apoyaron y me animaron a hacer

lo que debía. Lo correcto era seguir a Cristo. Había estado viviendo un engaño. También me di cuenta de que mi vida estaba siendo controlada por un grupo de personas en lugar de ser controlada por el Señor. En vez de seguir las enseñanzas de la Biblia, yo estaba siguiendo las interpretaciones dadas por el pastor y el copastor.

La razón por la cual me quedé tanto tiempo en La Capilla fue mi amistad con Julia; pero cuanto más se involucraba ella en la iglesia, menos tiempo tenía para mí. Finalmente llegué al punto de estar lista para tomar la decisión. Querían manejar mi vida: ellos me decían qué Biblia debía leer, qué amigos podía tener, a qué colegio debía asistir. Por lo tanto casi al año de haber sido bautizada, le comuniqué a mi compañera de oración que me retiraba de la iglesia. Tenía mi respuesta preparada para cuando me preguntara por qué. Cuando lo hizo le di tres razones: (1) Dudaba seriamente de que esa doctrina de salvación fuera bíblica; (2) no creía que el pastor y el copastor fueran las únicas personas que conocieran la verdadera interpretación de la Biblia; (3) creía que hay cristianos verdaderos en otras iglesias.

Ella sacó su Biblia, pero le dije que no se molestara ya que sabía perfectamente bien lo que estaba por decir. Yo ya había tomado una decisión terminante ante Dios.

Sin embargo, en lugar de sentir el alivio que esperaba, me sentí tensa e insegura. Es difícil describir por qué precisé tanta valentía para retirarme. En parte, porque sabía que por medio del sistema de compañeros de oración muy pronto todos lo sabrían. El solo pensar que toda la iglesia comentaría y oraría porque yo “renegaba” me acobardaba. Aunque había participado cuando otros habían “renegado,” no estaba segura de cuánto podría soportar la presión que ellos pondrían sobre mí para tratar de que yo volviera. Hacía falta valor para no estar de acuerdo con personas a quienes había dedicado un año de mi vida . . . las mismas que me habían abrazado y asegurado cuánto me amaban. Cuando me retiré de la iglesia, dejé tras de mí el sentido de seguridad. Esa gente había sido una parte tan grande de mi vida que, aunque parezca extraño, sentí un

gran vacío. Repentinamente no tenía nada que hacer; estaba sola y sin amigos. Decidí tratar de ver si aún podía seguir mi amistad con las chicas de la iglesia, especialmente con Julia.

Me integré a la iglesia bautista local y comencé a trabajar allí, caminando con el Señor de la mejor manera posible. Con esto deseaba demostrarles a los miembros de La Capilla que realmente era posible ser un cristiano verdadero sin estar unido a ellos.

Las chicas que asistían a La Capilla continuaban hablándome en la escuela y comiendo conmigo a la hora del almuerzo. Sin embargo, después de seis semanas fue como si mi período de gracia se hubiera extinguido. Un día, mi ex compañera de oración me llamó aparte y abrió su Biblia en 1 Corintios 5:11: “Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis” (RV60). Prosiguió alegando que yo había rechazado a Cristo como mi Salvador y, con la aprobación del pastor, ellas no se asociarían más con personas como yo. Luego me pidió que no me uniera más a la mesa donde almorzaban. Me sentí tan insultada y enfurecida que no pude pensar en nada que decir o hacer; simplemente me fui. Después me di cuenta de lo ridícula que era la situación; yo no había rechazado a Cristo, solo a esa iglesia; no había fallado a las expectativas que Dios tenía con respecto a mí, solamente a las que tenían ellos. Dudo de que alguna vez le hayan pedido a Dios su opinión sobre la situación. El versículo que utilizaron contra mí había sido sacado de contexto en forma grosera. Mi amiga nunca me detalló exactamente a qué categoría de 1 Corintios 5:11 pertenecía yo. Por mi parte, estaba segura de que no andaba en pecado sexual, ni era avara, idólatra, borracha ni ladrona.

Las últimas palabras que me dirigió fueron: “Recuerda que aún te amamos.” Palabras interesantes para alguien que me estaba rechazando. Me hicieron reconocer cuán vacío y superficial había sido todo. Cada vez que me abrazaron, había sido para retenerme en la iglesia. Nunca me habían amado de verdad. Cuando los quise confrontar por sus creencias

me esquivaron, incluso Julia que había sido mi buena amiga durante seis años. Por cierto que me sentí profundamente herida, confundida, asustada y enojada. Me habían despojado de más de un año de vida, de mi novio y de mi amiga íntima. Habían jugado con mis emociones y virtualmente habían controlado mi vida. Deseaba pagarles con la misma moneda, pero cualquier cosa que hiciera o dijera sería tomada como una venganza de mi parte y demostraría que yo era lo que ellos señalaban: una pagana.

Mis padres estaban muy molestos con la situación. Papá llamó por teléfono a los pastores para asegurarse de que estas adolescentes no estuvieran obrando por cuenta propia. Sin embargo, se enteró de que habían recibido instrucciones para hacerlo. Fue doloroso para mí comprender que el pastor que había compartido comidas conmigo, que me daba abrazos después de los cultos y me decía cuánto me amaba en Cristo, hubiera ordenado a las que fueron mis amigas que me dieran la espalda. Uno no puede describir con palabras el dolor que significa una experiencia como esta; para una persona que no lo ha vivido sería difícil comprenderlo. Yo había sido una cristiana fiel y confiada antes de ingresar a La Capilla, y después de esto mi confianza en Dios se vio severamente debilitada. Perdí también la confianza en la gente por temor a que llegaran a ser tan falsos como las personas de ese grupo.

En conclusión, creo que este tipo de iglesia está perjudicando a muchos. Reconozco que mis experiencias no son tan extrañas ni tan graves como las de otros. Las expongo para advertir a los jóvenes inseguros y solitarios que buscan un lugar donde sentirse cómodos. Los grupos como este ofrecen lo que aparenta ser amor y aceptación, y a primera vista la iglesia puede parecer hermosa; pero luego los miembros confunden y presionan para que uno se involucre, y recién cuando es demasiado tarde uno reconoce que está siendo parte de una secta. Por otro lado, aquellos que no han tenido una experiencia previa con Dios pueden desviarse totalmente por este mal ejemplo, creyendo que todas las iglesias son iguales.

¿ESTÁ SU IGLESIA CONVIRTIÉNDOSE EN UNA SECTA?

Este grupo y otros similares están creciendo rápidamente. Es fundamental preguntarse cómo y por qué están creciendo. Funcionan de esa manera porque para ellos el fin justifica los medios, y lamentablemente están perjudicando a muchas personas vulnerables.